

Accésit
Sagrario Díaz Díaz
Historia de barro

I

Érase una vez, en un país muy lejano, vivía en un suntuoso y aristocrático castillo un señor muy rico, al que llamaban BARBA AZUL. Habíase casado con bastantes mujeres, jóvenes y bellas, que, por una razón u otra, prematuramente fallecían, y el pobre hombre debía buscar otra esposa que ocupara su lugar y así pudiera recuperar de nuevo su felicidad. Hasta que un día, su última mujer logró escapar y corrió, corrió y corrió hasta ponerse a salvo y contó lo que en ese castillo del horror ocurría. Cuando la curiosidad y la impaciencia se antepone a la prohibición que su marido les había advertido, abrían la puerta de la habitación secreta y allí descubrían las atrocidades que escondía y que con tanto celo y secretismo ocultaba su querido marido; era el lugar donde asesinaba y emparedaba a las pobres víctimas...



Este es uno de los muchos cuentos que me contaban cuando era pequeña. Con el paso de los años, me he dado cuenta de que eran el reflejo de parte de la sociedad donde crecieron mis abuelos. Ahora los cuentos están edulcorados, son demasiado dulces para el tiempo en el que vivimos.

Pero yo no voy a contar cuentos, si no...

Había una vez un país que de tanto soportar la sangre, el horror, la ira, la venganza, el adoctrinamiento y la mentira, olvidó su historia o, mejor dicho, se quedó sin memoria.

La vida de muchos de esos ciudadanos que habían sobrevivido carecía de sentido. Sus heridas abiertas no cicatrizaban, ni cicatrizarían nunca.

Ellos lucharon contra aquellos que deseaban robarles su libertad, sus derechos y la de los suyos.

Corrieron, lucharon, murieron. Corrieron, lucharon, perdieron. Querían correr, pero estaban paralizados, presos; querían trabajar con unos derechos y un salario digno, pero trabajaban y morían como esclavos, ese fue su destino final.

Debían aprender la lección, habían perdido la guerra y eran unos “rojos” a los que tenían que doblegar. Ellos eran la fuerza militar, eran los vencedores. Las reglas democráticas habían sido un territorio mágico y como tal, habían desaparecido; el golpe de estado triunfó, se instauró el nacionalcatolicismo, y juntos se encargarían de *poner firmes a los perdedores*, porque habían llegado hasta allí para quedarse, y demostrar cómo iban a transformar la sociedad: con falta de humanidad, abriendo una grieta enorme que partió el país en dos. Fueron implacables con todos ellos a través del horror y de la venganza y del miedo.

Muchos sufrieron y aguantaron en sus propias carnes las consecuencias e iban sintiendo cómo sus cuerpos se transformaban, los moldeaban con su propia piel, a conciencia, como el trabajo que desempeña el alfarero en su torno y con la ayuda de sus manos y con paciencia y ahínco, va moldeando a su antojo ese barro de color rojo, cuyo fin es obtener un objetivo, un objeto. Nacer de nuevo no debió de ser fácil, casi desnudos e integrándose y aceptando y adaptándose al nuevo régimen, acatando sin rechistar las nuevas reglas.

Gracias a la solidaridad entre ellos como seres humanos y con dignidad, muchos lograron salir de la cárcel o de los campos de concentración con menos daños...; otros fueron asesinados, les dieron el paseo, o como bien decían con sorna, “les dieron café”.

Resulta estremecedor pensar la crueldad y la falta de humanidad que demostraron a lo largo de su mandato, justificando la maldad y por la gracia de Dios por todo lo conseguido. Como decía un campesino anarquista andaluz: “Es que Dios es muy gracioso”.

La única preocupación de los presos consistía en sobrevivir y ser uno más de la sociedad que los recibía, siempre anteponiendo, sin lugar a duda, el bienestar de su familia.

Tras conseguir la libertad condicional, estas familias tuvieron que sobrevivir como pudieron, siguieron caminos diferentes, con vidas distintas, superando los traumas como supieron o les dejaron. Acataron las nuevas reglas impuestas a sangre y a fuego, acatar ocultando a ser posible quienes eran, acatar su nueva identidad, acatar, acatar, acatar... porque todo lo demás lo perdieron en el camino, y lo que les quedaba, se lo daban dictaminado, dando por hecho su obediencia, acatando “por su bien”.

Y así, transcurrieron los años, sus vidas, el paso del tiempo los vio envejecer, algunos de los que sobrevivieron, vieron crecer a sus hijos, incluso a sus nietos y recuperaron la memoria y contaron parte de su historia. Otros, sin embargo, fueron incapaces de recuperar ni su memoria, ni su historia..., se lo llevaron todo con ellos, nos dejaron el olvido...

II

Érase una vez una viuda que tenía dos hijas; una era bella, dulce, bondadosa y amable. La pequeña era totalmente opuesta a su hermana, pero, aun así, siempre fue la preferida de su madre, la niña de sus ojos. Como cada día, la hija mayor era la encargada de ir a por agua a la fuente. Llenando el cántaro de agua, apareció una anciana con voz dulce y le pidió agua. La joven con su habitual amabilidad le ofreció el cántaro donde la anciana sació su sed. Al volver a casa, cuando empezó a hablar, comenzaron a salir por su boca perlas, diamantes, esmeraldas y rubíes. La madre, asombrada, le pidió a su hija pequeña que al día siguiente ella iba a encargarse de ir a la fuente con el cántaro, pero no el de barro, si no el de plata. Al llegar a la fuente, apareció una dama bella y joven y le pidió agua para saciar su sed, ella con palabras desagradables y con descaro se lo negó, y regresó a su casa. Nada más llegar a casa y empezar a contar lo ocurrido por su boca salieron sapos, y culebras...

En la historia de este país resquebrajado ¿dónde se encontraban las mujeres?, ¿sus cuerpos fueron también moldeados con el torno y las manos del alfarero? o ¿pasaron de puntillas por la historia? ¿Se quedaron sin memoria, sin historia? ¿Se cerraron sus heridas o quedaron abiertas?

Esta es la historia de todas aquellas mujeres que en primera persona pagaron las consecuencias de la sangre derramada, de la furia de los dragones insaciables de fuego y de carne, del viento de los huracanes, los rayos y los truenos de las tormentas, el hielo que recorrían sus venas, los cuchillos que rasgaban sus cuerpos, el miedo por la incertidumbre de sus hijos, miedo a subsistir, miedo a la muerte, siempre presente el miedo, miedo, miedo... siempre miedo y miseria.

¿Cómo fueron capaces de continuar hacia adelante después de tantas vejaciones?

Mujeres que a pesar de sufrir lo insufrible, continuaron siendo rosas rojas con espinas, con una fuerza rebosante de solidaridad humana entre ellas. Valientes a pesar del peso del yugo que soportaban sus cuerpos. Ejemplares y prudentes. Fuertes para mantener la dignidad natural y así sobrellevar el duelo causado por la pérdida de sus seres queridos, corajudas para expresar sus emociones frente a la falta de sensibilidad estremecedora, frente a vecinos, amigos e incluso familiares.

Muchas de ellas fueron capaces de recorrer los caminos junto a sus hijos, pequeños aún, hasta llegar al destino donde se encontraban sus maridos, yendo de un lugar a otro, de cárcel en cárcel, de un campo de concentración a otro, de un destacamento penal a otro, sin otro equipaje que lo puesto, pidiendo pan para sus hijos. Otras trabajaban en sus pueblos, en cortijos, con personas buenas a pesar de las diferencias políticas, que las ayudaban con un puñado de lentejas o garbanzos a pesar de saber quiénes eran ellas. Otras trabajaban sirviendo en casas de los golpistas.

Algunas fueron obligadas a que poseyeran sus cuerpos para poder ver a sus maridos en las cárceles y después recibir con desvergüenza y crueldad estremecedora escuchar “otro día será”. Cabizbajas y con un dolor desmesurado en su cuerpo, en su orgullo, le crecía a raíz del suelo, se iban, para volver otro día.

Después de cumplir la conmutación de penas y puestos en libertad condicional, muchas de las familias no pudieron volver a sus pueblos hasta que no pasó el tiempo, incluso solo volvieron para despedirse de los pocos seres queridos que allí quedaron y de algunos amigos, o simplemente ver su pueblo, pisar su tierra, recorrer sus calles, recordar lo que allí habían padecido. Volver, volver por volver, después de tanto tiempo. En esos pueblos hubo mucha inquina, ajustes de cuentas, una mezquindad insoportable, desconfianza, odio desmesurado...

Tuvieron que quedarse a vivir en los pueblos cercanos donde habían cumplido sus sentencias, ellos fueron los “afortunados”. Muchas mujeres murieron sin saber dónde se encontraban los cuerpos de sus padres, hijos, maridos, e incluso hermanos. Enterrados en fosas comunes, cunetas, cementerios... Viudas que no bajaron nunca la guardia y siguieron trabajando horas y horas, pasando inviernos duros y veranos de calor insoportable, sin quitarse el delantal, ni el moño, ni el luto, porque las noches se hacían cortas y no daba tiempo para al día siguiente volver a empezar. Vacías por dentro y por fuera, huyendo de sus recuerdos (o al menos eso demostraban), lejos de sus seres queridos (sus madres, hermanos, sobrinos...), no les quedaba tiempo para pensar, pero sí para rezar.

Algunas de ellas, por su ignorancia, por querer hacer el bien, llevaron a sus hijos a algún centro religioso que les aconsejaba el cura del pueblo. Él las convencía de que era buena idea, la única manera de tener una boca menos que alimentar y que de allí salían con un oficio para cuando cumplieran la edad reglamentaria y tener un buen puesto para trabajar. ¿Cuál era la edad reglamentaria? La necesidad económica para alimentar a su familia, que hizo estragos, fue la decisión final. No fue difícil engañarlas, pero su objetivo era otro. Esos centros estaban dirigidos por monjas o curas (de esa institución no se podía desconfiar bajo ningún pretexto), porque las llamaban escuelas, pero en realidad eran cárceles, incluso tenían celdas de castigo, trabajos de esclavos, como habían sufrido en sus propias carnes sus padres, donde no se inculcaba la enseñanza -ahora se conoce con el nombre de analfabetismo-. El miedo, la culpabilidad, las tinieblas, el infierno (ese era el lugar donde vivían ellas), era su método, su enseñanza, su adoctrinamiento. Muchas de esas madres nunca volvieron a ver a sus hijas e hijos. Otras mujeres o jóvenes acababan en manicomios. El gen rojo debía desaparecer sí o sí, exterminando ese mal, extrayéndolo de las entrañas de esas pobres e indefensas mujeres y de esas niñas, y disponían de muchos cuerpos donde experimentar y claro que lo hicieron, para eso había ilustres médicos especializados en esas y en otras causas...

III

Había una vez un niño que se llamaba Antoñito. Era muy bueno, muy bueno, pero huérfano de padre y de madre, vivía en la calle, era un mendigo. Siempre, en invierno y en verano tenía la misma ropa, vieja y andrajosa. Se ponía sentado en una esquina pidiendo, a ver si alguien tenía caridad y le proporcionaba algo de comida. Gracias a una linda niña, muy buena, que vivía en una bonita casa con su papá y su mamá, todas las mañanas salía de casa tan contenta y le llevaba un trozo de pan blanco, como caridad por ser tan buena. Él lo compartía con un perro callejero que un buen día se acercó a él, oliendo tan exquisito manjar. Una noche oscura, porque la luna se había quedado dormida, robaron cerca de la casa donde vivía esa niña. La policía, al ver a ese mendigo cerca de la casa se lo llevó a la cárcel...

Ya conté que ese país, debido a una enorme grieta, producida por un golpe de estado, se partió en dos. Unos fueron muy, muy ricos, y los otros, los que lucharon por la libertad, el trabajo digno para que no faltara el pan para su familia, la educación y los derechos humanos, fueron muy, muy, pero que muy pobres. Una de las consecuencias de la guerra fue la orfandad. A todos ellos debían llevarlos por el buen camino, no debían descarriarse, sus padres habían sido unas personas crueles y ateas, que habían ultrajado y quemado iglesias, llevando a hombres y mujeres por un mundo de pecado y traición... Los condenados al infierno ya conocían el catecismo, los años que pasaron en las cárceles, campos de concentración o en un destacamento penal, acudían a misa los domingos y fiestas de guardar, porque era obligatorio. Ahora les tocaba acatar las reglas a los hijos.

La historia de las mujeres no es tan idílica como en los cuentos y si no que se lo pregunten a las que estuvieron en esas "idílicas instituciones", siguiendo el camino recto, guiadas y dando gracias a Dios por el *mea culpa*. Esas mujeres, jóvenes, niñas "díscolas", iban allí tras engaños o bien diciéndoles que el bebé había muerto en el parto o convenciéndolas para que donaran a sus hijos a familias "afectas" al régimen, que no podían tener hijos. Niños robados, que nunca sabrían de dónde venían ni quienes eran, a pesar de saber y creer que habían crecido en una familia de bien y fueron privilegiados durante toda su vida.

Otras mujeres tuvieron la suerte de criar a sus hijos con mucho esfuerzo y sacrificio a sus espaldas, muchos de ellos crecieron sabiendo las cuatro reglas y a mal leer y escribir que hombres y mujeres buenos les enseñaron cuando terminaban la agotadora jornada laboral, eran niños. Las jóvenes iban a aprender a bordar, a hacer vainicas para esos primorosos juegos de hilo para novias, majestuosas mantelerías también de hilo que adquirirían las madres pudientes para el ajuar de sus hijas, futuras madres y ejemplares esposas. Las madres de las bordadoras se sacrificaban para que sus hijas al menos llevaran dos juegos bordados, no en tela de hilo claro está, pero sí uno de novia y otro de segunda. Algunas más jóvenes, a pesar de saber bordar, se

negaron a hacer ningún juego para su ajuar. Todas sabían el sacrificio y las horas, ya fuera sábado, domingo, o días de guardar, que tenían que pasar bordando para entregar un juego o una mantelería porque había prisa por entregar. Recibían poco dinero para todo lo que trabajaban, pero esa era la norma.

Pocas mujeres e hijos conocían por entonces las historias de sus padres, por qué escaseaba la comida a pesar de trabajar tanto. Por qué había padres de familia que estaban enfermos y fallecían jóvenes. Por qué sus padres y sus madres no tenían dientes. Por qué tanto silencio había en sus casas... Tantas preguntas quedarían sin contestar. Lo que sí vivieron fue la solidaridad, la amistad, más que amistad había entre ellos complicidad, eran una familia a pesar de no tener la misma sangre, el compañerismo y todo esto surgió debido a las penurias, a la humanidad que mostraron entre ellos y entre ellas, cuando pasaron tantos años juntos en el Destacamento Penal de Chozas de la Sierra.

IV

Han tenido que pasar muchos lustros en el calendario, para saber lo que ocurrió durante aquellos años, y no fue la primera generación, a pesar de que muchos de esos hombres y mujeres habían recuperado la memoria o nunca la perdieron y fueron capaces de contar sus historias a sus hijos, y a sus nietos, parte de las heridas que esa guerra les hizo, y que no cicatrizaron. Parte de este país sigue en su parcela, no ha aprendido nada de lo que ocurrió. No deben saber que los abuelos, nuestros abuelos y nuestras madres y padres no tuvieron ni disfrutaron de su niñez, porque desde pequeños tuvieron que ir a trabajar al campo, a cuidar del ganado... Vivieron en sus propias carnes lo que era dormir a la intemperie, bajo las estrellas (tan romántico ahora), o debajo de un chamizo, nevara, lloviera o hiciera calor. Cuando sus ropas estaban empapadas, sentían cómo el calor de sus pequeños cuerpos secaba sus ropas. La miseria, siempre la miseria presente en sus vidas.

Enfermedades de primera y segunda generación como consecuencia de las penurias, de la hambruna, de ese horror, de la deshumanización, de esa venganza, el sufrimiento, el miedo, por todo lo que tuvieron que padecer y sufrir en sus propias carnes, son las consecuencias que padecen sus descendientes directos. Todos estos estragos, no nos enseñan nada, somos incapaces de reflexionar cómo el ser humano se deshumaniza tan fácilmente, perdiendo la memoria para ignorar la historia.

¿Aún nos queda memoria de la historia?

MamáULA